

## LIBRO VIGÉSIMO

### LAS MATANZAS DE SIRIA

- SUMARIO: I.—La Siria y sus divisiones.—Las razas: maronitas y drusos.—Causas generales de efervescencia.—Primeros síntomas de lucha civil.
- II.—Las matanzas: aldeas en los alrededores de Beirut.—Saida: complicidad de los turcos con los drusos.—Los drusos del Hauran: Hasbeya, Rasheya; Zahlé.—Terrible suerte de Deir-el-kamar.
- III.—Impresión pública en Europa: Turquía: Inglaterra y su política de doble corriente; Francia.—Primeras medidas.
- IV.—Síntomas de disturbios en Damasco: cómo hace explosión el fanatismo musulmán: terrible matanza: complicidad de las autoridades turcas: actitud vergonzosa del bajá.—Abd-el-kader.
- V.—Francia se decide á intervenir: en qué condiciones.—Inglaterra: sus objeciones, su adhesión forzada.—Convenio de 3 de agosto de 1860.
- VI.—Cómo entra en escena Turquía; Fuad-Bajá, su misión, su política.—Fuad en Damasco: ejecuciones sumarias.—Fuad en Beirut: cómo se halla en parte paralizado el cuerpo expedicionario.—Fuad y la comisión europea: cómo las impresiones de los comisionados y el estado mismo de la Siria parecían hacer difícil la indulgencia: represiones: reparación.—Se aproxima el plazo señalado para la ocupación.
- VII.—Inglaterra: sus instancias en pro de la evacuación.—Actitud correcta del gobierno imperial y del Sr. Thouvenel.—Nueva reunión de la Conferencia.—Se fija como último plazo para la ocupación el 5 de junio de 1861.—Tristeza y descorazonamiento del Sr. Thouvenel y en qué términos deplora el egoísmo y los mezquinos celos de Inglaterra.
- VIII.—Fin de la ocupación.—A qué se reducen las represiones: los oficiales turcos: los drusos.—A qué se reducen las reparaciones: el Líbano: Damasco.—Partida de las tropas francesas.
- IX.—Plan de organización para la región del Líbano.—Carácter general de la expedición de Siria: en qué concepto hace honor al gobierno imperial y á Francia: de qué modo habría podido completarse la empresa.

#### I

Nuestra bandera, que ondeaba ya en el Extremo Oriente, desplegóse también en las costas de Siria. Para la inteligencia del relato que hemos de hacer es necesario describir aquellas regiones, manchadas en aquel entonces por matanzas más sangrientas que la misma guerra.

A cosa de treinta leguas de la desembocadura del Oronte alzáse una cordillera que corre de Norte á Sur, y paralela al mar, en una longitud de cuarenta leguas y que en algunos puntos alcanza una altura de cerca de tres mil metros: es el Líbano, que en su vertiente occidental se aproxima tanto al mar que sólo deja una estrecha faja de tierra entre el pie de los montes y la playa. A lo largo de la costa aparecen con sus casas pintorescamente escalonadas y sus viejas murallas ennegrecidas por el sol, Trípoli de Oriente, Djebail, la importante Beirut, Saida, que no es otra que la antigua Sidón, y, por último, á la entrada de la Palestina, Sur, construída en el sitio que ocupaba Tiro. Por el lado de Oriente las montañas descienden hacia una llanura, de unas quince leguas de ancho y bastante elevada sobre el nivel del mar, á la que se llamó antiguamente y aún se llama la Celesiria. Al extremo de esta llanura, por donde pasan los viajeros que van todavía á visitar en aquellos lugares las ruinas de Baalbeck, otra cordillera, el Anti-Líbano, de una altura media de mil seiscientos metros, baja de Norte á Sur, paralelamente al Líbano, y termina en la alta mole del monte Hermón. Más hacia el Este aún,

y al pie de los últimos eslabones desprendidos del Anti-Líbano en medio de una campiña famosa por la abundancia de sus aguas, la frescura de sus umbrías y la riqueza de sus cultivos, asíéntase Damasco, verdadera reina de aquellas regiones. Más allá, hacia el Oriente, extiéndese el desierto, y hacia el Sur, la región poco explorada del Haurán. A este conjunto de valles, montañas y planicies se le designa con el nombre de Siria.

Muchos pueblos han dejado huellas de su paso en esa región, una de las más antiguas habitadas del globo. Los turcos predominaban en las ciudades, no por su número, sino por sus funciones, porque, á despecho de su decadencia, seguían siendo la raza conquistadora; venían luego los musulmanes árabes; los judíos eran poco numerosos en aquellos lugares, tan cercanos á su cuna; y los griegos ortodoxos tenían puestos sus ojos en Rusia, su natural protectora. Contábanse además algunos armenios y griegos unidos. Aparte de todos estos diversos elementos, destacábanse dos grupos de población bien marcados: los *drusos* y los *maronitas*, quienes no habitaban las ciudades del litoral, sino que en su casi totalidad vivían en los abruptos poblados de las vertientes del Líbano: el conjunto de las regiones por donde estaban diseminados se llamaba la *Montaña*. Los maronitas extendíanse sobre todo al Norte, detrás de Djebail, y en el Keruán; en los campos de los alrededores de Beirut, las dos poblaciones se mezclaban, aunque sin confundirse; y finalmente, más al Sur, dominaba el elemento druso que, además del Líbano, reaparecía en la Celesiria, más allá de Damasco, en la apartada

provincia del Haurán. Estaban separadas las dos razas por las costumbres, por las tradiciones y sobre todo por la religión, y lo estaban de tal suerte que sus rivalidades degeneraron más de una vez en disputas.

Los maronitas, cuyo nombre, según la tradición común, se derivaba del de un monje del siglo v, Juan Marón, muy venerado en la comarca, habían conservado al través de los siglos la integridad de su fe cristiana y, salvo algunas diferencias de liturgia ó de disciplina muy sabiamente toleradas, estaban sometidos al catolicismo romano. Dedicábanse á los trabajos agrícolas y gracias á un paciente trabajo habían cubierto de viñedos, de olivares y de moreras las vertientes de sus montañas. Encima de sus poblados alzábanse sus conventos, medio monasterios, medio fortalezas, situados á veces en alturas casi inaccesibles y habitados por religiosos como ellos pobres y en ocasiones ignorantes como ellos. Ningún poder igualaba al de los sacerdotes, y particularmente de los obispos que intervenían en todos los actos de la vida popular. Al lado del clero, los jefes de las principales familias, á quienes se denominaba jeques, ejercían una especie de autoridad feudal, sobre todo en el Kesruán, autoridad que en los últimos años había sufrido algún quebranto; lo cual constituía cierto peligro para la seguridad del porvenir, porque con ello habíase debilitado considerablemente la fuerza militar de la nación. Los maronitas reconocían allende los mares una protectora, Francia, que desde los tiempos de las cruzadas era en su concepto una gran potencia; el establecimiento de dos colegios en Ghazir y en Anturah, fundados el primero por los jesuitas y por los lazaristas el segundo, había consolidado esta influencia merced á la propagación de nuestra lengua entre todas las familias acomodadas.

Muy distintos eran los drusos: su religión, sólo á medias profesada, presentaba una mezcla de antiguo paganismo oriental y de algunas creencias musulmanas; como los maronitas, eran agricultores, pero más indómitos, más prontos á empuñar las armas, aunque no menos hospitalarios, por otra parte, que sus vecinos. Así como sus rivales se amparaban bajo la égida de Francia, ellos buscaron la de Inglaterra, la cual, despechada por nuestra influencia en aquellos parajes, había aceptado con gran satisfacción aquel patronato; de suerte que, desde hacía algunos años, numerosos misioneros protestantes recorrían las tribus, distribuyendo en todas partes Biblias, realizando conversiones que por desgracia no eran duraderas, y ensalzando hábilmente la omnipotencia de la Gran Bretaña. Tomando en consideración únicamente los distritos del Líbano, los drusos eran mucho menos numerosos que los maronitas; pero podían llegar á ser muy temibles, llamaban en su auxilio á sus correligionarios diseminados por la Celesiria y por el Haurán, y sobre todo habían de constituir un grave peligro para sus vecinos si algún día se convertían en instrumento del fanatismo y de las venganzas de los turcos, siempre suspicaces contra los cristianos.

Toda aquella región del Líbano, la *Montaña*, disfrutaba, bajo la soberanía turca, de cierta autonomía. Drusos y maronitas habían vivido durante largo tiempo gobernados por emires, miembros de una familia muy influyente, la familia Chehab; pero en 1842, y á consecuencia de grandes disturbios civiles, el país había sido di-

vidido en dos provincias ó *caimacamías*: la del Norte, regida por un jefe maronita, y la del Sur, por un jefe druso. Esta organización complicada, lejos de satisfacer á los dos pueblos, había sido causa de nuevos desórdenes, y aunque luego se apaciguaron los ánimos, más que por la reconciliación de las razas, por la lasitud de los partidos, á partir de 1856 los residentes europeos, los religiosos y los cónsules abrigaron temores de una próxima conflagración.

El peligro nacía, por lo menos en parte, de una causa general. En 1856, el sultán, bajo la doble presión de Francia y de Inglaterra, había dado un edicto que confirmaba y ampliaba los privilegios de los cristianos; y habiendo sido comunicado el firmán al Congreso de París, los miembros de esta alta asamblea, para mejor consagrar las recientes concesiones, habían decidido tomar acta de la comunicación y consignar el recuerdo de la misma en uno de los artículos del tratado. Con irritación profunda había visto el antiguo partido turco consumarse lo que denominaba rebajamiento del antiguo poderío otomano; y aunque los plenipotenciarios negaban todo propósito de inmixción en los asuntos del diván, á pesar de todos los eufemismos diplomáticos, quedaban sentados dos hechos: primero, que el edicto del sultán confería á los cristianos derechos casi iguales á los de los siervos de Mahoma; y segundo, que el empeño de presentar el firmán en las sesiones del Congreso denotaba una docilidad más humillante que el firmán mismo. No faltaron en Europa hombres de Estado que adivinaron esas sordas cóleras, y desde aquel momento presintieron que los súbditos cristianos de la Puerta serían acaso las víctimas tanto como los beneficiarios de sus propios privilegios. El día 6 de mayo de 1856 decía lord Aberdeen en la Cámara de los lores: «Sin una vigilancia continua, el firmán en favor de los cristianos no valdrá ni siquiera lo que el papel en que está escrito (1).» No obstante, los turcos no podían destruir por sí mismos su obra; á lo sumo podían eludirla. Mas si en algún punto del Imperio existía una raza que sin pertenecer á la otomana compartiera las preocupaciones y los rencores de ésta; si esta raza tenía á su lado algunas de esas comunidades cristianas tan detestadas; y si, además era bastante belicosa para no temer la lucha y bastante fuerte para salir de ella victoriosa, ¡qué hermosa ocasión de fomentarla discordia, de dejar luego correr los hechos y de indemnizarse de esta suerte de la protección oficial que era forzoso proclamar! Y cuando el incendio hubiese estallado, se le dejaría propagarse si Europa lo consentía, pues en caso de que las reclamaciones fuesen demasiado enérgicas, se fingiría gran celo por apagar las llamas, y de todos modos siempre habría algunos cristianos menos. Pues bien, existía en el Imperio una región, la Siria, en donde instrumentos y víctimas estaban dispuestos: los instrumentos serían los drusos; las víctimas, los maronitas.

No afirmaré que tal proyecto fuera concebido y preparado con la precisión que acabo de decir; pero es lo cierto que las concesiones de 1856 habían excitado de un modo extraño el fanatismo turco; y no lo es menos que la Puerta tenía entonces en Siria, en la persona del

(1) *Parliamentary debates, Third series*, tomo CXLI, página 2021.

bajá de Beirut, un representante cuya conducta resultaría inexplicable, si no se hubiese inspirado en aquellos detestables pensamientos. Aquel hombre se llamaba Kurchid; era amigo de los drusos, sostenía relaciones con los jefes de éstos, mantenía despiertas sus pasiones religiosas, y después de haberse asegurado de su superioridad militar, los animaba secretamente al combate. ¿Cuál sería la actitud de las tropas turcas en el caso de una guerra civil? No era difícil preverla: su fanatismo las impulsaría contra los cristianos; pero las impulsaría también su codicia, pues, suspendidas sus pagas por espacio de muchos meses, estarían ávidas de compensar con el botín de los maronitas los atrasos que Turquía no podía satisfacer. Además, al lado de los batallones regulares había los irregulares, los backi-buzuks, que seguramente destruirían lo que los drusos respetarían. A fines de 1859, y en vista de que cada día se presentaban más amenazadores los síntomas de crisis, los comerciantes cristianos de Beirut enviaron prudentes avisos á sus hermanos de la Montaña, aconsejándoles que estuvieran sobre aviso y particularmente que juntaran armas. En la primavera de 1860 ocurrieron los primeros disturbios: el 27 de abril, tres maronitas de la aldea de Katuli fueron asesinados por los drusos; en 16 de mayo, un grupo de cristianos fué asaltado en el camino de Deir-el-Kamar á Djezzín, pereciendo cuatro de ellos, entre otros un sacerdote; y el 25 de mayo produjose un nuevo conflicto por haber sido asesinados dos cristianos. También fueron agredidos tres drusos, uno de ellos mortalmente. Los comerciantes de Beirut, muy alarmados por estas noticias, se lamentaron á los cónsules, los cuales á su vez se dirigieron al bajá Khurchid. Fingióse éste sorprendido, habló de enviar tropas que no dejarían de restablecer la tranquilidad, y luego, con tranquila impudencia, echó toda la responsabilidad sobre cierto comité cristiano que residía en Beirut y del cual, según él, procedía todo el mal. Ignoramos lo que respondió nuestro cónsul; respecto de Inglaterra, patrona de los drusos, el subterfugio del bajá no carecía de habilidad: al fin y al cabo sólo se trataba de molestar á algunos papistas, que eran clientes de Francia.

A pesar de estas alarmantes experiencias, aún se confiaba en que podría evitarse la explosión: era aquella la época de los capullos de los gusanos de seda, y sin duda drusos y maronitas, por un convenio tácito, no interrumpirían aquel trabajo, el más fructuoso del año, lo cual sería un aplazamiento que tal vez abriría camino para algún arreglo. Pero esta esperanza fué cruelmente defraudada (1).

## II

El día 29 de mayo estalló la gran conjuración comenzando el ataque por el poblado de Beit-Meri, situado á pocas leguas de Beirut, y extendiéndose luego toda la obra de devastación á todo el Meten. De momento, los maronitas salieron armados de sus casas á fin de defender sus bienes, sus familias y sus hogares, contan-

(1) Véase *Papers relating to the disturbances in Syria*, páginas 1 y 2. - Lenormant, *Les derniers événements de Syrie*, páginas 16 y siguientes. - Discusión en el Senado sobre la petición en favor de los cristianos de Siria. (*Monitor*, 15 de mayo de 1861). - *Documents inédits*, etc.

do para luchar contra los drusos, más aguerridos y más avezados á los combates, con la ayuda de los turcos, guardianes oficiales del reposo público. En efecto, llegaron los backi-buzucks, pero fué para recoger el botín y rematar á los heridos; y en cuanto á Khurchid, apenas tuvo noticia de los disturbios, salió de Beirut, fué á establecerse al pie de la montaña y luego, considerando quizás que aquella contienda en nada le afectaba, se inmovilizó en su vivaque. En tres días, dicen los informes más fidedignos (2), fueron quemadas treinta y dos aldeas ó lugarejos en medio de escenas atroces, pues los backi-buzucks despedazaban hasta á los ancianos desarmados. En el entretanto, los cristianos, locos de terror, huían hacia la ciudad, arrojando todos los peligros, ya que después de haber escapado á la persecución de los drusos tenían que evitar el encuentro de los turcos que á veces les cerraban el paso.

Los cónsules, desde las azoteas de sus casas, podían ver las columnas de humo que de las aldeas salían y á los grupos de jinetes que recorrían los campos y á sablazos dispersaban á las desdichadas partidas de cristianos. El cónsul inglés, Mr. Moore, dió cuenta en los días siguientes de lo sucedido, mas como, á pesar de todo, tenía contra los papistas maronitas todas las preocupaciones de su nación, los consideraba como agresores y terminaba su relato con estas palabras: «Todo permite esperar que han terminado las hostilidades á menos que los cristianos ataquen de nuevo (3).»

Reinaba, sin embargo, gran alarma entre los residentes europeos de Beirut, y en la noche del 31 de mayo se reunieron los cónsules acordando hacer una gestión colectiva cerca de Kurchid que, aunque muy sospechoso indudablemente, representaba la autoridad legal. Al día siguiente por la mañana fueron á ver al bajá, el cual estaba tranquilamente en su campamento, distante sólo algunos tiros de fusil de las aldeas incendiadas. Recibiólos «cortésmente,» según dice Mr. Moore; pero de pronto se desató en recriminaciones contra el obispo y el comité cristiano de Beirut: «Contened al comité, les dijo, y yo me encargo de los drusos (4);» y mostrando de repente notable energía, insistió en que fueran arrestados en seguida «todos aquellos intrigantes.» Los cónsules regresaron á Beirut, sin haber conseguido nada, y una vez allí apresuróse Mr. Moore á llamar al obispo y á los cristianos supuestos cabezas de motín, quienes, por toda respuesta, se limitaron á señalar á lo lejos las columnas de humo de las aldeas entregadas á las llamas. Los cónsules, dóciles á las peticiones de Khurchid, se habían encargado del comité; ¿cómo se encargaría Khurchid de los drusos en el bajalato de su mando? La continuación de este relato nos lo dirá.

El mismo día en que los cónsules daban el paso que hemos referido, los drusos se sublevaban en masa en los alrededores de Saída, ciudad situada en el litoral á diez leguas al Sur de Beirut, arrojándose primero sobre los conventos y después sobre las aldeas. Los cristianos

(2) Véase especialmente el informe del Sr. Graham á lord Dufferin (*Further Papers relating to the disturbances in Syria*, páginas 40 y 41).

(3) Informes de Mr. Moore á sir Bulwer, 30 y 31 de mayo (*Papers relating to the disturbances in Syria*, págs. 6-8).

(4) Informe de Mr. Moore á sir Bulwer, 1.º de Junio de 1860 (*Papers relating*, etc., pág. 8).

en un principio resistieron, mas no tardaron en ceder y entonces comenzó el saqueo, el robo de ganados, la matanza, el incendio; y no contentos con tales deprecaciones, corrieron las tribus insurrectas hasta Djezzín, poblado de la montaña, se apoderaron de él, pusieron en fuga á los habitantes y después de haberlos cercado en un bosque hicieron en ellos gran carnicería. Los infelices cristianos que habían podido escapar de la muerte creyeron poder hallar un refugio en Saída, en donde estaban los agentes consulares, las autoridades, una policía organizada y algunas tropas regulares, y animados por esta esperanza allí afluyeron apresuradamente con sus esposas, con sus hijos y con los restos de sus pobres bienes. Pero entonces se vió lo que valía la protección turca: cuando aquellos fugitivos aterrados se aproximaban á la ciudad, felicitándose ya de tener tan cerca la salvación, los muftis reunieron á los musulmanes, les excitaron á la guerra santa y hasta se dice que les facilitaron armas, por lo que, armados de fusiles, puñales y mazas, salieron de la ciudad, y corriendo al encuentro de los cristianos, los alcanzaron en los bosquecillos de naranjos que rodean la población. Perseguidos del lado de la campiña por los drusos y atacados de frente por los musulmanes que en tropel salían de la ciudad, aquellos infortunados sucumbieron sin poder defenderse. La matanza continuó en los días siguientes en los subterráneos, en los jardines, en las casas de campo, donde quiera que habían podido refugiarse los sobrevivientes. También reinaba el terror dentro de Saída: ni la urgencia del peligro, ni las reclamaciones de los residentes europeos, ni la voz de la humanidad podían conmover á los funcionarios turcos que ó eran cómplices ó estaban como atontados. Todos los cristianos de las aldeas que habían podido pasar las murallas refugiáronse en el Khan francés, edificio grande, pero que resultaba pequeño para las miserias que había de albergar: allí se amontonaban los desgraciados maronitas; allí yacían los heridos á quienes cuidaban las Hermanas. Pero aun aquel asilo parecía precario, porque se temía que el pabellón francés, hasta entonces respetado, fuese garantía insuficiente contra el fanatismo sobrecitado. En medio del general abatimiento, dos jesuitas franceses, el P. Rousseau y el P. de Prunier, dieron meritorio ejemplo de valor; acompañados de dos hombres resueltos, aventuráronse á salir de la ciudad para socorrer á los heridos, administrar los últimos sacramentos á los moribundos y enterrar á los muertos, entre los cuales había gran número de sacerdotes á quienes se honraba como confesores de la fe; y saliendo fuera de las murallas, escudriñaron las malezas, los jardines y los sotos, deseosos de ejercer su abnegada misión. Los musulmanes los reconocieron y se lanzaron contra ellos, y sólo arrojando mil peligros lograron regresar á la ciudad. A pesar del fracaso repitieron dos días después su piadosa tentativa y se disponían al otro día á partir por tercera vez cuando el cónsul, espantado, les prohibió esta nueva temeridad: en efecto, todas las salidas estaban guardadas por musulmanes ó drusos y bien podía calificarse de milagro el hecho de haberles escapado dos veces los dos santos religiosos (1).

(1) Véanse las cartas de los Sres. Ford y Eddy, misioneros americanos, al cónsul americano de Beirut (*Papers relating to the disturbances in Syria*, pág. 12). - Informe del capitán Mansell al

La noticia de la sublevación habíase propagado ya entre los drusos del Haurán, tribus guerreras, ávidas de pillaje, quienes abandonaron en grupos sus viviendas para auxiliar á sus compatriotas del Líbano. Su primera etapa fué Hasbeya, ciudad situada al pie del monte Hermón, en donde vivía una numerosa población cristiana, pero no maronita, de suerte que ni pretexto había para un ataque, no obstante lo cual, la ciudad fué asaltada. Los cristianos resistían con valerosa tenacidad, cuando se les presentó Osmán-bey, comandante de la guarnición turca, diciéndoles: «Confiadme vuestras armas; los drusos no os molestarán; he venido para protegeros.» Sea por respeto á la autoridad, sea por timidez ó ceguera, los cristianos entregaron sus fusiles y sus sables, que Osmán fingió expedir á Damasco; pero la escolta era tan débil que los drusos pudieron saquear el convoy á la salida de la ciudad. Una vez desarmados los cristianos, el gobernador turco les aconsejó, siempre para su bien, que se refugiasen en el serrallo, consejo que siguieron dócilmente, y ¿qué otra cosa podían hacer después de haberse dejado desarmar? Durante muchos días permanecieron encerrados en los patios del edificio, careciendo de todo, hasta de pan, y encontrándose no en un asilo, sino en una cárcel. El día 6 de junio hubo inusitado movimiento entre las tropas otomanas, como si se dispusieran á partir; grande fué entonces el espanto de los cristianos, pues por precaria que fuese la protección que de aquéllas recibían, al fin y al cabo no contaban con otra; así es que cuando los turcos partieron trataron también ellos de partir, pero en las puertas del serrallo les esperaban los drusos, quienes los inmolaron á todos. Parecía aquello, según dice un informe inglés, una repetición de las *matanzas de Septiembre*. Varios soldados turcos que se habían quedado rezagados tomaron parte en aquella carnicería, y más crueles que los mismos drusos, no perdonaron á las mujeres ni á los niños. Algunos obtuvieron gracia, pero fué á costa de su dinero, por la codicia, no por la piedad de sus enemigos; y aparte de estas excepciones, sólo pudieron salvarse los que lograron ocultarse debajo de los cadáveres, los que estando heridos fueron abandonados entre los muertos. Mayor aún habría sido el desastre si una mujer drusa de elevada condición no hubiese, antes de la llegada de sus compatriotas y en previsión del peligro próximo, recogido en su casa á cuatrocientos habitantes de Hasbeya; y cuando la intimaron que entregase á los *perros cristianos*, respondió: «Entrad, si os atrevéis, y cogedlos.» Los drusos no osaron violar aquel lugar, que era el de la hermana de uno de sus jefes. Cuando las pasiones se hubieron calmado un poco, los proscritos fueron conducidos á Moktarah, desde donde marcharon á Saída, y desde allí á Beirut (2).

Después de Hasbeya había Rasheya, otro poblado de aquella misma comarca del Hermón, adonde los dru-

vicealmirante Fanshawe é informe del vicecónsul Abela (*Papers relating*, etc., págs. 13, 26, 27). *Annales de la propagation de la foi*, 1860, págs. 397, 398. - *L'ami de la religion*, 10 de julio de 1860.

(2) Véase especialmente el informe de Mr. Graham á lord Dufferin (*Further papers relating to the disturbances in Syria*, páginas 41 y 42). - Véase también *Further papers*, etc., págs. 8 y siguientes. *Correspondence relating to the affairs of Syria*, páginas 85 y 86.

tos victoriosos no tardaron en dirigirse y cuya suerte no se diferenció de la de su desgraciada vecina: también allí los cristianos, después de haber agotado sus municiones, se refugiaron en el serrallo y fueron entregados á sus enemigos por los turcos, y hubo allí la misma traición, la misma ferocidad, la misma repetición de la horrible matanza, á la que sucumbieron, según se dice, cerca de setecientos cristianos.

Remontándose hacia el Norte y acercándose cada vez más á sus compatriotas de la Montaña, atravesaron los drusos la vasta llanura de la Celesiria y se dirigieron hacia Zahlé, ciudad bastante importante, situada en la vertiente oriental del Líbano, habiéndoseles juntado por el camino varias partidas de kurdos, árabes y metualis, todos igualmente ladrones. Zahlé, población que contaba numerosos establecimientos europeos, era la residencia principal de los lazaristas y también de los jesuitas, que tenían allí un colegio. En Beirut, en donde se tuvo noticia de la invasión, aumentó en alto grado la alarma. Decididamente había otros perturbadores además de los miembros del comité cristiano. ¿Qué sucedería si los drusos del Haurán se unían á sus hermanos del Líbano, si los asesinos de Hasbeya y de Rasheya se juntaban con los asesinos de Meten, de Saída y de Djezzín? Nuevamente fueron los cónsules á encontrar á Khurchid, que no se movía de su campamento, relatándole con calor los peligros que corría Zahlé. En los días anteriores, cuando se trataba de Hasbeya y de Rasheya, Khurchid había contestado negligentemente: «Esto corresponde al gobernador de Damasco;» pero ahora, imposibilitado de alegar esta excusa, fingió gran celo por el mantenimiento de la paz pública, y su lenguaje pareció tan tranquilizador, que, disponiéndose un joven jefe maronita del Kesruán, José Karam, á ir en auxilio de Zahlé, el cónsul de Francia le avisó, según dicen (1), que no se moviera, pues el bajá se encargaba de todo. En efecto, se encargó de enviar tropas; pero ¡cosa inaudita!, detrás de él llegaron los drusos de la Montaña que se unieron á los del Haurán. Los habitantes de Zahlé, después de alguna resistencia, huyeron en su mayoría al Kesruán, defendido al menos por el valeroso Karam; entonces las hordas entraron en la ciudad, saqueándolo é incendiándolo todo, sin respetar siquiera los edificios que por ostentar la bandera de Francia debieran haber sido inviolables. Así, por ejemplo, fué asaltado el colegio francés de los jesuitas, en donde los invasores, después de haber asesinado en el santuario á un religioso y á un hermano, destruyeron el altar, dispersaron las sagradas formas y se entregaron á toda clase de profanaciones (2).

El cónsul inglés Mr. Moore, deponiendo por completo su antigua confianza, escribía en 21 de junio desde Beirut las siguientes líneas que pintan su espanto: «Zahlé ha sucumbido, y ahora toda la región del Líbano está abierta á los drusos (3).» Y no se equivocaba, pues en el mismo momento, en el corazón del Lí-

(1) Véase *Papiers et correspondance* del general Ducrot, tomo I, pág. 393. — Lenormant, *Les derniers événements de Syrie*, páginas 68 y 69.

(2) Véase Lenormant, *Les derniers événements de Syrie*, páginas 70, 71, y Apéndice, págs. 190 y 191. — Informe de Mr. Graham á lord Dufferin (*Further papers*, etc., págs. 43 y siguientes).

(3) *Papers relating to the disturbances in Syria*, pág. 39.

bano, en Deir-el-Kamar, un drama más terrible que todos los anteriores coronaba la serie de atrocidades.

Deir-el-Kamar había sufrido el primer ataque en 3 de junio: los cristianos se habían portado valerosamente y habían dado muerte á ochenta de sus adversarios; pero, en vista de que la hostilidad de los turcos les quitaba toda esperanza de triunfo, habían convenido una especie de capitulación que no había, sin embargo, impedido en los días siguientes los asesinatos aislados ni los actos de saqueo. Aquella tregua precaria duró poco: en la noche del 20 al 21 de junio, los drusos, victoriosos en Hasbeya, en Rasheya y en Zahlé, encamináronse hacia la desdichada ciudad. Eran muchos y bien armados, estaban seguros de la impunidad y hallábanse además exaltados por los últimos éxitos; los maronitas, por el contrario, estaban debilitados por los últimos combates y medianamente armados y descorazonados por las noticias que dé fuera recibían. Pero, por mucha que fuera su inferioridad, cualquiera cosa era mejor que la protección turca, á pesar de lo cual, con tan mala inspiración como sus hermanos de Hasbeya y de Rasheya, á los turcos pidieron asilo. Alzábase en el centro mismo de la ciudad el Serrallo, vasto cuadrilátero que servía para residencia de las autoridades y para el acuartelamiento de tropas, y que con sus espesas murallas parecía á propósito para desafiar cualquier ataque. Allí afluyeron los cristianos no muy confiados, pero sí persuadidos de que entre varios peligros escogían el menor; los turcos les acogieron, á pretexto de evitar todo desorden los desarmaron, y cuando los tuvieron encerrados en los patios abrieron las puertas á los asaltantes. La matanza duró todo el día, pues como los verdugos no tenían ninguna prisa y las víctimas no podían escapárseles, complacíanse aquéllos en prolongar las agonías de éstas con indecibles torturas. La pluma se resiste á describir los horrores consignados, no ya en los informes franceses, que podrían ser tachados de compasivos, sino en los de los mismos ingleses, esos protectores políticos de los drusos: hasta los niños fueron asesinados y en algunos sitios de los patios formáronse verdaderos arroyos de sangre; y los soldados presenciaban impasibles tantos horrores ó se aprovechaban de ellos para entregarse al libertinaje. Sin embargo, Deir-el-Kamar sólo distaba cinco horas de Beirut y cuatro del lugar en donde Kurchid había instalado su campamento. Como á éste le era imposible fingir ignorancia de aquellos sucesos y por ende persistir en su inmovilidad, encaminóse lentamente á Deir-el-Kamar, adonde llegó al atardecer, guiado por el humo del incendio y por el ruido de las descargas que ponían término á los suplicios de los cristianos; pero, en vez de penetrar en la ciudad, pasó de largo por delante de ella y fué á situarse al otro lado del torrente, en un palacio convertido en cuartel que se alzaba en un sitio conocido por Beit-Eddin. Cuando le refirieron las escenas de aquel día, exclamó: «Toda mi vida sentiré los horrores de que acabo de enterarme;» mas, á pesar de este sentimiento, dejó transcurrir toda la noche sin cuidarse de salvar á los sobrevivientes ó de vengar á los muertos, y sólo al siguiente día mandó que cesara la matanza, que ya había terminado por falta de víctimas. Únicamente se salvaron los que habían preferido el frágil abrigo de sus viviendas á las sólidas murallas de la fortaleza turca; éstos, al ver á sus enemigos

ocupados en matar cristianos, habíanse escapado por los senderos de la montaña é instintivamente se habían dirigido á la costa con la esperanza de avistar algún buque europeo que acudiera en su socorro. Y no se engañaron: Inglaterra había, en el entretanto, enviado á las aguas de Siria un buque de línea y otras dos embarcaciones, y Francia la fragata *Zenobie* y dos avisos; y mientras los fugitivos estaban reunidos en gran número en la desembocadura del Damur, apareció una corbeta con bandera inglesa que el cónsul británico había expedido á aquellos lugares por si podían ser necesarios sus servicios. Era la *Gannet*, en donde se embarcaron setecientos cristianos, en su mayoría mujeres, niños y viejos; pero aun quedaban en la playa cuatrocientos, que no cabían en el barco y que suplicaban que no se les abandonara. El capitán obtuvo de los drusos una especie de promesa de que aquellos fugitivos serían respetados, y poco después llegó el *Mohawk* que en los días siguientes y en tres viajes sucesivos recogió unos mil quinientos pasajeros. De este modo fueron salvados más de dos mil cristianos, que desembarcaron en Beirut, en un estado digno de lástima, los unos heridos, enfermos los otros y todos en la desnudez más espantosa, llorando sus casas incendiadas, su patrimonio perdido, á sus parientes asesinados. El hospital francés, los conventos, las casas particulares se abrieron para acogerlos, pero sin que ninguna abnegación, ni siquiera la de nuestras incomparables religiosas, pudiera llegar adonde había llegado tanto infortunio. Deir-el-Kamar quedaba en parte destruida; más de mil trescientos cadáveres yacían amontonados en el Serrallo ó en las viviendas y en los jardines, y muchos años habían de transcurrir antes de que la ciudad desdichada recobrara su antigua prosperidad (1).

### III

Los embajadores acreditados en Constantinopla supieron el 7 de junio por despachos de Esmirna los sucesos acacidos en Siria, y habiendo formulado, en consecuencia, sus reclamaciones, los ministros turcos fingieron ignorar lo ocurrido, diciendo que hacía tres semanas que no habían recibido informe alguno del gobernador de Beirut y que no sabían de qué índole habían sido los disturbios ni siquiera que tales disturbios hubiese habido. Esto no obstante, prometieron enviar de todos modos una fragata y dos batallones, los cuales partieron, pero no inmediatamente, sino doce días después. En las siguientes conferencias comenzó á traslucirse la verdad, y el 27 se embarcaron cuatro nuevos batallones; poco á poco se obtenían nuevas confesiones aunque llenas de reticencias y como arrancadas por fuerza, afirmando los otomanos que los rumores habían sido exagerados, que en todo caso los excesos debían ser atribuidos á los drusos, y que de ellos habían resultado tan víctimas los musulmanes como los cristianos.

Quiso la desgracia que los turcos encontraran en aquella circunstancia un aliado que disimulara su inercia,

(1) Informe del Sr. Graham á lord Dufferin (*Further papers*, etc., págs. 44 y siguientes). — Informe del comandante Lamber y del comandante West y del capitán Paynter al vicealmirante Martin (*Papers relating to the disturbances in Syria*, págs. 41-44).

que les apuntara las excusas, que tradujera sus respuestas al lenguaje diplomático y que, en una palabra, sostuviera la apariencia de su desvanecido poderío.

Inglaterra, desde hacía largos años, acomodaba su conducta en Oriente á dos reglas que habían llegado á ser tradicionales: combatir en el Levante los progresos de la influencia católica, es decir, francesa, y proteger á Turquía, bajo la condición de gobernarla. Tal había sido el pensamiento de lord Stratford, aquel imperioso amigo de la Puerta que durante tanto tiempo dominara en Estambul como verdadero amo del Palacio; y aunque ese personaje no estaba ya en Constantinopla, su diplomacia había hecho escuela. En el *Foreign Office* juzgábase muy ingeniosamente que había algo más conveniente que abrir el testamento del muerto, y era prolongar la vejez del moribundo ejerciendo sobre él la tutela y apropiándose poco á poco los beneficios del Imperio. Ahora bien, para que el grave incidente de Siria no perturbase esta política, era preciso de una parte atenuar la responsabilidad de la Puerta, y de otra ocultar las desgracias de los cristianos; pues, de lo contrario, se habría expuesto á un nuevo y tal vez decisivo ataque al cuerpo decrepito á quien se quería patrocinar y se habría proporcionado á Francia una ocasión de afirmar su crédito, dejándola intervenir en favor de sus clientes seculares. Hubiera sido esto un doble fracaso que á toda costa era preciso evitar.

Estos pensamientos se pusieron de manifiesto desde el comienzo de los sucesos. El 27 de junio, sir Bulwer, embajador británico, escribía desde Constantinopla: «Opino que la conducta de los maronitas, la presión ejercida sobre ellos por las autoridades espirituales á fin de empujarlos contra los drusos, y la actitud general de las tribus cristianas, han contribuido mucho á encender la guerra civil (2).» De modo que no se trata de matanza, sino de lucha intestina, y de lucha intestina en la cual los cristianos han sido, por lo menos en parte, los provocadores. ¿Qué mejor pretexto para perdonar á Turquía, disculpar á los drusos y desarmar á Francia? Esta fórmula respondía demasiado á los intereses, á las miras, á las necesidades del gabinete británico para que éste no se la apropiara; y en efecto, la hizo suya aunque no sin vacilaciones y remordimientos. En cada inglés hay dos hombres: el político, que es implacable, y el privado, que se deja conmovér fácilmente por el infortunio. Jamás se manifestó de un modo más patente este contraste que en los acontecimientos que estamos relatando: la política dictará despachos violentos hasta la amargura; la beneficencia recogerá socorros abundantes hasta la profusión; aquellos á quienes en las deliberaciones del Parlamento se calificará de provocadores, serán denominados el mismo día víctimas en los *meetings* de caridad, y ¡cosa extraña!, las mismas manos aplaudirán estos dos lenguajes tan opuestos. Los periodistas injuriarán á los maronitas por su doble carácter de papistas y de protegidos de Francia; pero luego, acordándose de sus compatriotas que poco antes sucumbieran á orillas del Ganges víctimas de un destino no menos cruel, se enternecerán hasta expresarse con acento conmovido. El hombre de Estado disputará con feroz egoís-

(2) Despacho de sir Bulwer á lord Russell, de 27 de junio (*Papers relating to the disturbances in Syria*, pág. 18).